



NIETZSCHE

EL VIAJERO  
Y SU SOMBRA

B3313

.R42

S6

M677v



1020024805



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. 193  
Núm. Auto. N 677v  
Núm. Aóc. 37308  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó SR

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

## OBRAS DE FEDERICO NIETZSCHE

publicadas por **LA ESPAÑA MODERNA**, que se hallan de venta en su Administración, calle de Fomento, 7, bajo, Madrid.

Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.

La Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Humano, demasiado humano, 6 pesetas.

Aurora, 7 pesetas.

Ultimos opúsculos, 5 pesetas.

La Gaya ciencia, 6 pesetas.

El Viajero y su sombra, 6 pesetas.

# EL VIAJERO Y SU SOMBRA

POR

FEDERICO NIETZSCHE

TRADUCCION

DE

EDMUNDO GONZALEZ BLANCO

099865

37388

MADRID  
LA ESPAÑA MODERNA  
Calle de Fomento, núm. 7.

193  
Núm. C. ....  
Núm. Autor .....  
Núm. Adq. ....  
Proceden. ....  
Precio .....  
Fecha .....  
Clasificó .....  
Catalogó .....

B3313

-RA2

56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



ES PROPIEDAD

8039.—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92.—Teléfono 1927.

## PREFACIO

I

No se debe hablar más que cuando no hay derecho á callarse; y no debe hablarse sino de lo que se ha *dominado*: todo lo demás es charlatanería, «literatura», falta de disciplina. Mis escritos no hablan más que de mis victorias: allí estoy *yo*, con todo lo que me era contrario, *ego ipsissimus*; aún más, si se me permite emplear una expresión más enérgica, *ego ipsisimum*. Se adivina que yo tengo muchas cosas por debajo de mí. Pero siempre me faltó tiempo, la salud, espacio y distancia, hasta que nació en mí el deseo de utilizar un hecho personal que había dejado detrás de mí, una fatalidad que yo de súbito quería revelar, esquilmarse y «representar» (póngase la expresión que se quiera). En este sentido, todos mis escritos, con una sola excepción, deben ser *antidatados* (no hablan siempre más que de lo que tengo detrás de mí): algunos, como, por ejemplo, las tres primeras *Consideraciones inactuales*, remóntanse aún más lejos, más allá del período de incubación de un libro publicado anteriormente (quiero hablar de *El origen de la tragedia*, cosa que no podría ignorar un sutil observador). Esta explosión irritada contra el falso patriotismo alemán, la

1

BIBLIOTECA DE NUESTRO SEÑOR  
CAPILLA ALFONSINA

complacencia y el apandorgamiento de la lengua en David Strauss envejecido, sentimiento que provocó la primera *Inactual*, y que me alivió de pensamientos que se me habían ocurrido muchos antes, cuando, joven estudiante, vivía en medio de la cultura alemana, de la cultura de los filisteos (reivindico la paternidad de esta expresión: «filisteos de la cultura», de que se usa y abusa hoy día); todo esto y lo que he dicho contra la «enfermedad histórica», lo he expresado como uno que hubiese aprendido lentamente y con trabajo á curarse de ella, y que en lo sucesivo no tuviese intención alguna de renunciar al «historicismo», porque en otro tiempo lo había sufrido. Cuando, más tarde, quise en la tercera *Consideración inactual* expresar la veneración que sentía por mi primero y único educador, el *gran* Arturo Schopenhauer (la haría hoy mismo, mucho más enérgicamente y de un modo más personal), me encontraba ya, por mi parte, en medio del escepticismo y de la descomposición moral, es decir, tan ocupado en la crítica como en la penetración de todo pesimismo; ya no creía «en nada», como dice el pueblo, ni siquiera en Schopenhauer: en esta época nació un recuerdo, que había estado oculto hasta entonces, *sobre la verdad y la mentira en el sentido extra-moral*. Mi discurso solemne, mi apología victoriosa en honor de Wagner, con ocasión de su triunfo de Bayreuth en 1876 (Bayreuth significa la mayor victoria que jamás ha obtenido artista alguno), obra que revisita la apariencia de «la actualidad», no era todavía en el fondo más que un homenaje de reconocimiento respecto de un fragmento del pasado, respecto del más hermoso período de calma, calma también peligrosa, que yo he tenido durante mi viaje por mar: y era, efectivamente, una separación, un adiós. Ricardo

Wagner ¿se ha engañado á sí mismo? No lo creo. Mientras se ama todavía, no se describen seguramente tales imágenes; no «se considera» todavía, no se escoge un puesto de observación á distancia, como el espectador debe escogerlo. «Para la contemplación es indispensable un misterioso *antagonismo*, el de las miradas que se cruzan»: esto se dice en la página 46 de la obra indicada, con un tono traidor y melancólico, que tal vez sólo se dirigiese á cierto número de personas. La sangre fría que se necesitaba para *poder* hablar de esos largos años intermedios, pasados en la soledad del alma y en la privación, la adquirí con la obra *Humano, demasiado humano*, á la cual debe consagrarse esta segunda introducción. Flota sobre ella (toda vez que es un libro dedicado «á los espíritus libres») algo de esa frialdad casi serena y curiosa propia del psicólogo, esa frialdad que le hace callar una infinidad de cosas dolorosas que se encuentran ya *detrás* de él, *por debajo* de él, para coleccionarlas después y clavarlas en cierto modo con una punta de alfiler. ¿Qué de extraño tiene el que, durante un trabajo tan atractivo y tan meticuloso, se vierta en ocasiones un poco de sangre, y que el psicólogo lleve sangre en los dedos, y quizá no en los dedos tan sólo?...

## II

Las *Opiniones y sentencias*, como *El Viajero y su sombra*, se han publicado primero separadamente, como continuación y apéndice de ese libro humano, demasiado humano, que acabo de nombrar, «libro dedicado á los espíritus libres»; era al mismo tiempo la continuación y la repetición de una cura intelectual,

el tratamiento *anti-romántico*, tal como lo había imaginado y administrado mi instinto sano, para combatir la enfermedad intermitente de que estaba atacado: el romanticismo bajo su forma más peligrosa. Saboreé ahora, después de seis años de curación, los mismos escritos reunidos como segundo volumen de *Humano, demasiado humano*; tal vez, así reunidos, presenten su enseñanza con más fuerza y precisión, constituyendo una *doctrina de la salud* que me permitiré recomendar á las naturalezas más intelectuales de la generación naciente como *disciplina voluntatis*. Un pesimista toma allí la palabra; un pesimista que muchas veces quiso tirar el hacha detrás del mango y que siempre volvió á poner manos á la obra; un pesimista, pues, con la buena voluntad del pesimismo, y además un romántico; un espíritu que conoce ese ardid de la serpiente que consiste en cambiar de piel, ¿no tiene derecho á dar una lección á los pesimistas de hoy que se encuentran en peligro de romanticismo?

## III

Era, en efecto, una gran ocasión para *despedirse*; eso se me reveló en seguida. Ricardo Wagner, el más victorioso en apariencia, y en realidad un romántico, caduco y desesperado, se hundió súbitamente, irremediablemente, aniquilado ante la Santa Cruz. ¿No tenía entonces ningún alemán ojos para ver y compasión en la conciencia para deplorar este horrible espectáculo? ¿He sido yo el único que ha hecho *sufrir*? No importa; el acontecimiento inesperado me arrojó una luz repentina sobre el sitio que acababa de

abandonar; y me dió también esa sensación de terror que se siente después de haber corrido inconscientemente un peligro inmenso. Cuando continué solo mi camino, me puse á temblar. Poco tiempo después, estuve enfermo; más que enfermo, fatigado; fatigado por la continua desilusión respecto de todo lo que nos entusiasmaba todavía, á nosotros, hombres modernos; de la fuerza, del trabajo, de la esperanza, de la juventud, del amor inútilmente prodigados; fatigado por el disgusto de todo lo que hay de feminismo y de exaltación desordenada en este romanticismo, de toda esta mentira idealista y de este abarraganamiento de la conciencia, que de nuevo habían vencido á uno de los más valerosos; fatigado, finalmente, y no fué esta mi menor fatiga, por la tristeza de una despiadada sospecha: presentía que, después de esta desilusión, iba á ser condenado á desconfiar aún más, á despreciar más profundamente, á estar más absolutamente solo que nunca. ¿Cuál iba á ser mi *tarea*? ¿No parecía como si mi tarea se hubiera retirado de mí, como si por mucho tiempo yo no tuviese derecho á ella? ¿Qué hacer para soportar *esta* privación, la más grande de todas? Comencé por prohibirme, radical y sistemáticamente, toda música romántica, ese arte ambiguo, fanfarrón, sofocante, que priva al espíritu de su severidad y de su alegría, que hace pulular toda clase de deseos vagos y de anhelos esponjosos. «*Clave musicam*»; ese es hoy mi consejo á todos los que son bastante viriles para atenerse á las cosas del espíritu. Esa música enerva, debilita, afemina; ¡su «eterno femenino» nos deprime!... Mis primeras sospechas se han dirigido entonces *contra* la música romántica; tomé mis precauciones; y si yo esperaba todavía algo de la música, era en espera de un músico bastante

audaz, bastante perverso, bastante mediterráneo y desbordante de salud, para ejecutar sobre esta música una *venganza* inmortal.

## IV

Solitario en lo sucesivo y desconfiando celosamente de mí mismo, me declararé entonces contra mí mismo y *á favor* de todo lo que me causaba malestar y me era penoso: así he encontrado el camino de ese pesimismo intrépido que es lo contrario de todas las charlatanerías románticas, y también, á mi juicio, el camino hacia mí mismo, el camino de *mi* tarea. Ese algo oculto y dominado que por mucho tiempo permanece para nosotros indescifrable; hasta que al fin descubrimos que es nuestra tarea: ese tirano toma sobre nosotros y en nosotros un terrible desquite, á cada tentativa que hacemos por evitarle y por escapar de él, á cada decisión prematura, á cada intento para asimilarnos á aquellos de los cuales formamos parte, cada vez que nos dedicamos á una ocupación, por estimable que sea, que nos aparta de nuestro objeto principal: y ese tirano se venga hasta de cada una de nuestras virtudes que quiera protejernos contra el rigor de nuestra probabilidad más íntima. La enfermedad es el contrapeso de nuestras dudas, cuando nuestro derecho y nuestra tarea nos parecen inciertos, cuando comenzamos á aliviarnos un poco. ¡Cosa extraña y terrible al mismo tiempo! ¡Nuestros *alivios* son los que debemos copiar más duramente! Y si, más tarde, queremos recobrar la salud, no nos queda otra alternativa: debemos cargar *con un fardo más pesado* que nunca.

## V

Sólo entonces aprendí ese lenguaje de ermitaño, en el cual no se entienden sino los más silenciosos y los que más sufren: hablé sin testigos, ó más bien con indiferencia, frente á los testigos, para no sufrir con el silencio, hablé de cosas que no me pertenecían, pero en el tono que hubiera adoptado si me hubiesen pertenecido. Aprendí el arte de mostrarme alegre, objetivo y curioso, y ante todo sano y perverso. Me parece que eso es «buen gusto» en un enfermo. Un ojo más sutil, sin embargo, animado de una simpatía particular, se dará cuenta de lo que forma el encanto de este escrito: oír hablar á un hombre que sufre y se priva como si no sufriese y no se privase. Aquí el equilibrio enfrente de la vida, la sangre fría y hasta la gratitud respecto de la vida deben conservarse; aquí domina una voluntad severa, arrogante, siempre en tensión, sin cesar irritable, una voluntad que se ha impuesto la tarea de defender la vida contra el dolor y de extirpar todas las conclusiones que nacen como hongos en el suelo del dolor, de la decepción, del disgusto, del abandono y de otros terrenos pantanosos. Un pesimista encontraría aquí indicaciones preciosas para examinarse á sí mismo, porque entonces he podido arrancarme esta frase: «¡Ni siquiera un hombre que sufre *tiene derecho* al pesimismo!» Entonces libraba yo dentro de mí mismo un combate penoso y paciente contra la tendencia radicalmente anti-científica de todo pesimismo romántico, que quiere transformar algunas experiencias personales en juicios universales, amplificándolas hasta querer conde-

nar al mundo; en una palabra, me consideré á mí mismo. Comprendéis el optimismo en perspectiva de una curación, para tener *derecho* á hacerse otra vez pesimista. Semejante á un médico que pone á su enfermo en un ambiente absolutamente extraño, para apartarlo de todo lo que deja tras sí (sus cuidados, sus amigos, sus cartas, sus deberes, sus tonterías, los tormentos de su memoria) para enseñarle á tender las manos y los sentidos hacia un nuevo alimento, hacia un nuevo sol y hacia un nuevo porvenir; así yo me he forzado, médico y enfermo á la vez, á mi *clima del alma*, contrario á mi alma antigua, y aún no experimentado; me he forzado sobre todo á una excursión lejana por el extranjero, en lo que tiene de extraño, á una curiosidad tendida hacia toda clase de cosas extrañas. Siguióse un largo vagabundeo, fértil en pesquisas y en cambios; una repugnancia contra toda especie de parada, contra las pesadas afirmaciones y negaciones; siguiéronse también una dieta y una disciplina que hiciesen fácil al espíritu correr á lo lejos, volar hacia lo alto y, ante todo, aspirar siempre á lo nuevo. En realidad, ese era un *minimum* de vida, una separación de toda codicia grosera, una independencia peculiar en medio de toda clase de desgracias exteriores, con la arrogancia de *poder* vivir en medio de estas desgracias; tal vez un poco de cinismo, algo del famoso «tonel», pero también la felicidad del grillo, la serenidad del grillo, mucho silencio, mucha luz, mucha locura sutilísima, mucha exaltación oculta; todo eso acabó por producir un gran robustecimiento intelectual, una alegría y una plenitud progresivas en la salud. La vida misma nos *recompensa* de nuestra terca ansia de vida, de esta larga guerra, tal como yo la he sostenido, contra el pesimismo de

la laxitud; nos recompensa ya de toda mirada atenta que le dirija nuestra gratitud, que no deja escapar ninguna ofrenda de la vida, ni la más mezquina y pasajera. Nos da en cambio la mayor ofrenda que puede dar; nos da *nuestra tarea*.

## VI

Este acontecimiento de mi vida (la historia de una enfermedad y de una curación, porque todo eso acabó por una curación), ¿no ha sido más que un acontecimiento personal? ¿No ha sido más que *mi* «humano, demasiado humano»? Estoy tentado á creer hoy lo contrario: comienzo á pensar, y pienso cada vez más, que mis libros de viaje no han sido redactados para mí solo, como me parece en ciertas ocasiones. ¿Puedo, después de seis años de una convicción cada vez más arraigada, enviarlos de nuevo á que se abran camino? ¿Puedo recomendar particularmente que los estudien con ahinco los que se alimentan de un «pasado» y que tienen bastante ingenio para sufrir también con el *espíritu* de su pasado? Pero lo recomiendo, ante todo, á vosotros, que tenéis á vuestro cargo la tarea más dura, hombres raros, intelectuales y valerosos; á vosotros, los más expuestos de todos, que debéis ser la *conciencia* del alma moderna y, como tales, poseer su *ciencia*; á vosotros, en quienes se reúne todo lo que puede haber hoy de enfermedades, de venenos y de peligros; á vosotros, cuyo destino es estar más enfermos que cualquier otro, porque no sois sólo «individuos»; á vosotros, cuyo consuelo es conocer el camino de una salud nueva, y según ese camino, de una salud de mañana y de pasado mañana, predestinados y

victoriosos como sois, vencedores del tiempo; á vosotros, los más sanos y los más robustos; ¡á vosotros, *buenos europeos!*

## VII

Séame permitido, para acabar, resumir en una fórmula mi oposición contra el *pesimismo romántico*, es decir, contra el pesimismo de los indigentes, de los adaptados, de los vencidos: existe un deseo de lo trágico y del pesimismo, que es un signo de severidad tanto como de vigor intelectual (gusto, sentimiento, conciencia). Con este deseo en el corazón no se teme lo que hay de terrible y de problemático en toda clase de existencia: hasta se buscan esas cualidades. A ese deseo acompañan el valor, la arrogancia, el anhelo de un *gran* enemigo. Esa fué primero mi perspectiva pesimista; perspectiva nueva, á mi juicio; perspectiva que, aun hoy día, es nueva y extraña. Hasta ahora me atengo á ella; y, si se me quiere creer, tanto á favor mío como en contra mía, al menos en ciertas ocasiones. ¿Queréis verlo demostrado? ¿Qué otra cosa se ha demostrado en este largo prefacio?

Sils-Maria, Engadina Superior.

Septiembre de 1886.

## EL VIAJERO Y SU SOMBRA

## PRIMERA PARTE

1.—*Para aquellos á quienes ha desilusionado la filosofía.*

Si hasta ahora habéis creído en el valor superior de la vida, y si ahora os veis desilusionados, ¿habéis de despojaros de la vida á toda costa?

2.—*Ser adulado.*

Se puede ser adulado también por lo que atañe á la claridad de las ideas. ¡Cuánto os disgustan entonces las relaciones con esas personas oscuras y nebulosas que aspiran y que presienten! ¡Cuán ridículo parece, sin ser regocijante, su eterno mariposeo, su caza perpetua, sin que, en conclusión, lleguen á volar y á atrapar algo!

3.—*Los pretendientes de la realidad.*

El que acaba por darse cuenta de cómo y por cuánto tiempo ha sido engañado, abraza por despecho la realidad, aun la más fea; de suerte que, si se considera el mundo en conjunto, á la realidad le han tocado en el curso de los siglos los mejores pretendientes;